

despues. Siempre que pude me serví de báculo á mi mismo.

Vamos por ahora á entrar en mas movimiento, refiriendo las peripecias de aquella mal dirigida y peor ejecutada revolucion.

En los primeros dias de Setiembre tuvimos una conferencia Carlos Diez Gutiérrez, Juan Alvarado y el autor de estas memorias, con el objeto de hablar de aquel condeado plan revolucionario, pero de tales que ninguno de nosotros pasaba y contra el cual no podíamos proponerlos, so pena de echar á pique todos los trabajos que estaban emprendidos para derribar el gobierno de Juárez. Tanto el primero como el segundo estaban ansiosos por irse á la frontera, y solo esperaban que se determinara algo respecto del plan que iba á proce-

## CAPITULO. X.

### LA GRAN CONSPIRACION.

El gobierno veía venir la tormenta y se apresuró á hacer todos los preparativos que juzgó convenientes para resistirla, siendo entre otros, segun un periódico de esa época que tengo á la vista, comprar armas, la construccion en gran escala de municiones de guerra, mandar hacer abundantes literas para los heridos, comunicar instrucciones reservadas á los jefes de fuerza y gobernadores de los Estados con quienes cultivaba íntima amistad, prodigar ascensos militares, y por fin, prepararse con bandas y medallas para acordar premios extraordinarios. Despues de esto hubo algunos movimientos de fuerza, y el grueso del ejército fué convenientemente situado para dominar los Estados de Oaxaca, San Luis Potosí, Nuevo Leon y Jalisco, que eran los que inspiraban mas recelos al Presidente lo mismo que á su ministro de la guerra.

En los primeros días de Setiembre tuvimos una conferencia Carlos Diez Gutierrez, Juan Muñoz Silva y el autor de estas memorias, con el objeto de hablar de aquel condenado plan revolucionario, parto de Benitez, que ninguno de nosotros pasaba y contra el cual no podíamos pronunciarnos, so pena de echar á pique todos los trabajos que estaban emprendidos, para derribar el gobierno de Juarez.

Tanto el primero, como el segundo, estaban ansiosos por irse á la frontera, y solo esperaban que se determinara algo respecto del plan que iba á proclamarse.

Benitez me habia hablado ya, declarándome que el general Diaz estaba perfectamente conforme con el que él habia hecho, y que ese seria el que proclamara el dia de su pronunciamiento.

Así lo manifesté á aquellos amigos.

Nos estrañó un tanto cuanto que el caudillo hubiera prescindido de su primera idea, que era la mas cuerda y la mas sencilla, pero tuvimos que rendirnos á la evidencia porque Benitez comprobó aquella resolucion tomada en Oaxaca.

Nuestra conferencia se redujo á unos pocos comentarios y á determinar el dia de la marcha, con el propósito de no imponer plan alguno á los jefes de la frontera, dejándoles en libertad para que expidieran sus proclamas y manifiestos, sin sujetarse á regla fija.

Era preferible esto, á someterles un plan lleno de consideraciones filosóficas que no habian de entender.

Entonces Diez Gutierrez y Muñoz Silva saldrian

al dia siguiente y yo les seguiria tres ó cuatro dias despues, para no infundir sospechas. Ellos irian á verse con Treviño y yo me iria directamente á Galeana, en donde estaba ya esperándome el general Pedro Martinez.

Arreglé mis asuntos lo mejor que pude, dejando asegurada la subsistencia de mi familia con algunos elementos: parte de éstos eran mil setecientos pesos de fondos que estaba cobrando el correo. Para recoger éstos, dejé un poder en forma á mi administrador D. Jorge Enriquez. Este resultó un canalla que se alzó con todo, y no llegó á dar un centavo á mi familia, colocando á ésta en situacion angustiosa. Despues debí haberle castigado de un modo ejemplar, pero le encontré pobre, cargado de familia y me causó lástima.

De la misma manera, fueron distraidos de su objeto los fondos que enviaban á mi familia algunas sociedades de que era miembro, lo mismo que mis correligionarios y amigos. Si es una infamia robar á cualquiera persona cara á cara, ¿qué nombre tendrá el robo que se comete subrepticamente, abusando de la desgraciada situacion de una familia que no tiene defensa ni quiere tenerla, agobiada por el infortunio?

De estas cosas pudiera referir varias, si no prefiriera relegarlas al desprecio, ya que nunca podré sepultarlas en el olvido.

Aunque el último número del *Padre Cobos* se publicó el dia 17 de Setiembre de 1871, yo salí de México para San Luis el dia 12, dejando aquel número

en prensa y sin despedida, para evitarme la persecucion del gobierno.

Varios fusionistas me dieron cartas de recomendacion para sus amigos generales, entre otros para Antillon y Escobedo. Estas cartas eran tan comprometedoras, que no parecia sino que aquellos jefes estaban ya dispuestos á pronunciarse con nosotros.

Al despedirme de mi círculo militar de México, algunos amigos se oponian á mi marcha esponiendo que les iba á hacer gran falta en la capital.

—Nadie hace falta en ninguna parte, les dije, pero sí ha de escoger uno el lugar en donde mas sirva, yo no tengo ni que vacilar al escoger el mio.

—Aquí: dijo Negrete.

—En la frontera, le contesté con acento significativo.

—Tal vez ni sea necesario que haya alguna cosa en la frontera, me dijo Aureliano, con aire misterioso.

—Si Donato Guerra entra con nosotros, aquí nos pronunciamos.

—Pues lo que es Donato Guerra está ya comprometido.

—Pero no quiere pronunciarse con su brigada.

—Cómo!

—Va á hacer la quijoteria de entregarla y renunciar, para quedar sin ligas con el gobierno y poder aceptar las banderas de la revolucion.

—De todas maneras, nosotros tenemos elementos para dar aquí el golpe.

—Ojalá y sea así! pero yo tengo compromiso de estar el dia 20 en Galeana.

—Si vd. pudiera detenerse siquiera diez dias.

—Mañana sin falta tengo que partir.

—Pues la verdad es que ya tenemos comprometidos dos cuerpos, lo mismo que á gran número de oficiales de la guarnicion.

—En ese caso, mas necesitan vdes. del apoyo de los Estados.

—Tiene razon, exclamó Cosío Pontones ó algun otro de los amigos que estaban en casa de Negrete cuando fui á despedirme, si erramos el golpe, podemos tener á donde refugiarnos, y si lo acertamos, siempre es bueno que se vea al país levantarse por todos lados.

—El éxito es seguro, dijo Negrete, que nunca quieria darse por vencido tratándose de la realizacion de sus planes.

—Pues allá lo veremos.

Y no quise quedarme, aunque en realidad no tenia compromisos sino conmigo mismo porque nunca tuve confianza en las conspiraciones de México. Ya tres ó cuatro veces me habia estado esperando en la esquina del Palacio ó en el balcon de mi casa á que resonara la primera señal convenida, disparándose un cañonazo, sin que se hubiera disparado en toda la noche ni la mitad de una escopeta.

Al dia siguiente, venia á verme Ricardo Palacio, que era el alma de las conspiraciones, ó por lo ménos el mas bullicioso de los conspiradores, y me decia:

—Se erró el golpe en esta vez.

—Pues qué hubo?

—Que uno de los jefes comprometidos denunció el movimiento.

—Cuál jefe?

Entonces pronunciaba un nombre que me hacia ir de espaldas.

—Es posible?

—Tenemos datos.

—Pero como ha sido eso?

—He ido á tomar el cuerpo segun mi compromiso y hubiéramos sido todos fusilados en el caurtel si no es por un oficial que me dijo de paso al oido:

—Ha venido una compañía de Zapadores, está con ella el Comandante Militar.—Sin oir más, fui á avisar á Negrete y demas amigos que estábamos vendidos aplazando el golpe para mas tarde.

—¡Paciencia, pues!

El resultado es que habian fracasado tantas intentonas por este ò el otro incidente, por esta ó la otra inadvertencia, que yo ya no tenia fé alguna ni en los hombres ni en los planes de conspiración organizados en México. Se necesita que estén cubiertos muchos requisitos y hacer correr un rio de plata en los cuarteles para que pueda llegar á ser posible y formal un pronunciamiento en la capital.

Sea como fuere, aconsejé la prudencia y el mayor sigilo á aquellos amigos que consideraba yo en mas riesgo con sus conjuraciones, que yo que iba desde luego á entrar en recios combates con las guarniciones de las plazas que tan convenientemente y de an-

temano estaban colocadas, y cumpliendo mi palabra, salí al dia siguiente de México.

Dejaba las cosas arregladas de esta manera:

El general Diaz en Oaxaca rodeado de valientes jefes y oficiales y con elementos de guerra para sostener un año alli la campaña, aun contra cinco ó seis mil hombres que le destacara el gobierno.

Los generales Negrete, Rivera, Cosío Pontones, Chavarría, Toledo, Mirafuentes y otros muchos, listos para pronunciarse en la misma capital ó en los alrededores.

La Sierra de Puebla, lista á seguir el movimiento de Oaxaca, acandillada por Mendez, Bonilla y Lucas.

En Querétaro, en Jalisco, en Durango, en Guajuato y en Zacatecas, teniamos muy buenas inteligencias.

La lista de los jefes con que contabamos era interminable, y entre ellos habia los nombres de muchos de los que se habian distinguido en las guerras de Reforma y de Intervencion, tales como Garcia de la Cadena, Borrego, Barrios, Flores, Treviño, Naranjo, Alvarez, Martínez, etc.

Y si bien es cierto que el gobierno habia tenido tiempo de prepararse no solo á la defensa sino á sofocar la revolucion en donde quiera que apareciera, se puede decir que la opinion estaba de nuestra parte y que nuestros elementos se equiparaban, aumentando en tumulto, lo que nos faltaba en organizacion.

Nosotros no estábamos organizados, ni siquiera te-

niamos la menor idea de lo que íbamos á hacer despues de habernos pronunciado; pero contábamos con el prestigio del general Diaz y estábamos seguros de triunfar con el solo peso de nuestras convicciones. No se necesitaba mas que hacer el primer empuje con energía para que todo el edificio administrativo se desgranara. Era tal la desmoralizacion que reinaba en el ejército, que no dudábamos de que despues de conseguir la primer victoria, todos levantarían culatas y se pasarían á nuestras filas.

Que el primer triunfo era nuestro, ni quien lo dudara, pues en nuestra mano estaba escoger el mejor momento y la mejor oportunidad. Fuera que los amigos de México dieran el golpe, fuera que el general Diaz antes de pronunciarse cayera sobre algun trozo del enemigo ó fuera que Treviño diera su primera señal de combate lanzándose sobre la plaza del Saltillo, cualquier hecho de armas con que nos favoreciera la fortuna, era decisivo para nuestra causa.

Bajo esta conviccion, todos procurábamos ir al fin sin ponernos de acuerdo en los medios. Yo conocia muy bien todos los hilos de nuestra política, todos los detalles de nuestro plan de campaña, todas las minuciosidades de nuestro pensamiento y sabia muy bien que no teniamos mas plan acordado que pronunciarlos donde pudiéramos el 1.º de Setiembre primero, y por haberse malogrado esa fecha, el día 1.º de Octubre despues.

Aunque esta palabra de orden, no circuló de una manera precisa, puesto que Donato Guerra todavía

estaba al frente de una brigada de caballería el día que estalló el pronunciamiento en la Ciudadela.

Pero sí habia uniformidad en desnudar la espada y lanzarse por el camino que se pudiera á derribar del poder á D. Benito Juárez que ya tenia cansada á la nacion con su caprichosa conducta: caprichosa en cuanto no queria ceder á nadie el mando ni consentir en que otro pensara en disputárselo; caprichosa tambien en cuanto á que seguia una conducta política que se alejaba mucho de las verdaderas prácticas republicanas, prostituyendo los principios á fuerza de tanta sangre conquistados.

Las últimas elecciones habian dado la medida de lo que era capaz de hacer por tal de perpetuarse en el mando. Cuando le dominaba la ambicion, se olvidaba por completo de que el histórico nombre que llevaba se lo debía á las luchas por la libertad y la independencia de la patria, prefiriendo enlodar su prestigio que habia llegado á ser universal, por tal de satisfacer el pueril deseo de no ser lanzado del mando y de saberse conservar en el poder contra todas las opiniones y contra todas las protestas.

Teniamos, pues, de una parte al gobierno con cerca de treinta mil hombres perfectamente armados y regularmente organizados, dirigidos por un hombre tan astuto como el general Ignacio Mejía, Ministro de la Guerra. Estos treinta mil hombres estaban situados como una mitad entre México, Puebla, y Veracruz, y la otra mitad tendida desde Guadalajara y Duran-

go hasta el Saltillo y algunas otras plazas de la frontera.

Fuera de estas tropas tenia dos ó tres mil nacionales en Guanajuato y algunas otras fuerzas que habian levantado precautoriamente algunos gobernadores.

Se puede decir que el gobierno de Juarez tenia como unos cuarenta mil hombres dispuestos á perseguir y ahogar á la revolucion por donde quiera que osara presentarse.

Nosotros teniamos algo en Oaxaca y muy poco en Nuevo Leon para comenzar á hacer ruido, esto es, para llamar la atencion del gobierno dando tiempo á que se pronunciaran el interior y los puntos de la Sierra, en donde habia espíritu de secundarnos.

Fuimos tres los que nos pusimos en camino tomando la diligencia del Interior al dia siguiente: el que habla, Manuel Palacios como su ayudante y un ordenanza. En la misma diligencia llevabamos nuestras sillas de montar y nuestras armas, llamando la atencion en el camino á muchos juaristas, que no se atrevieron á denunciarnos.

Mi amigo Manuel Orellana Noguera nos esperaba en S. Luis á la llegada de la diligencia.

## CAPITULO. XI.

### EL PRIMER COMBATE.

Al llegar á S. Luis Potosí me consideré como en mi casa. Era el lerdismo el que allí imperaba y este como ántes he dicho estaba en liga con el porfirismo.

Mi buen amigo el valiente Manuel Orellana nos dió todas las noticias que podia yo apetecer y desde luego mandé una tarjeta al general D. Mariano Escobedo jefe de todas las fuerzas y gobernador del Estado, anunciándole mi visita.

Se ve bien que estábamos trabajando no solo con audacia sino con desfachatez.

En verdad sé decir que creo hubo un momento de varios meses despues de las elecciones, en que Juarez y sus ministros estuvieron fuera de sí de miedo, por la impresion desastrosa que sus manejos causaron en la República, momento que nosotros no supimos aprovechar.